

## 52ª SESION ORDINARIA DEL 25 DE SEPTIEMBRE DE 1869

### PRESIDENCIA DEL SEÑOR ALSINA

**SUMARIO**—Se acuerda tener sesiones diarias—Se toman en consideración y sancionan los siguientes proyectos despachados por la Comisión de Guerra: 1.º Acordando pensión á la viuda é hijos del cirujano de los ejércitos de la Independencia doctor Castellanos; (pasado en revisión á la otra Cámara)—2.º Acordando por una sola vez á don Cándido José Vázquez, la suma de quinientos pesos; (al Poder Ejecutivo)—3.º Acordando pensión á las hermanas del coronel Pringles; (al Poder Ejecutivo)—4.º Acordando pensión á la hija del Almirante Brown; (al Poder Ejecutivo)—5.º Acordando por una sola vez, trescientos pesos fuertes á la hija del coronel Zelarrayan—Se sanciona la minuta de comunicación al Poder Ejecutivo presentada por la Comisión de límites, pidiendo los datos que ella expresa—Se considera y acepta el dictamen de la Comisión de Guerra sobre la solicitud de doña Juliana Rodríguez de Zelada; (á informe del Poder Ejecutivo)—El Senado insiste en su sanción sobre el ferrocarril «Primer Entrerriano» modificada por la otra Cámara; (vuelve á ella)—Se aceptan las modificaciones propuestas por la Comisión de Hacienda en el proyecto de ley mandado en revisión por la otra Cámara, declarando libres de derechos de importación los materiales destinados á la construcción de ferrocarriles; (vuelve á la otra Cámara)—Se aprueban los dos proyectos de ley mandados en revisión, prescribiendo por el primero la vigencia como ley de la República del Código civil redactado por el doctor Vélez Sársfield, desde el 1.º de Enero de 1871; y acordando por el segundo como compensación de este trabajo, la suma de cien mil pesos en fondos públicos; (pasan al Poder Ejecutivo.)

#### Señores Senadores

Aráoz  
Arias  
Bazán  
Blanco  
Borges  
Bustamante  
Colodrero  
Corbalán  
Daract A.  
Dávila  
Elías  
Frias  
Llerena  
Lobo  
Mitre  
Navarro  
Oroño  
Piñero  
Román  
Uriburu  
Vidal  
Videla

En Buenos Aires, á veinticinco de septiembre de mil ochocientos sesenta y nueve, reunidos en su sala de sesiones, el señor Presidente y señores senadores al margen anotados, se abrió la sesión con inasistencia de los señores Granel, y Victorica sin aviso, Zavallá por indisposición y ausentes de esta Capital con licencia, Ibarra y Rojo.

El Secretario informó no tener terminada el acta de la anterior, y procedió á dar cuenta de los asun-

tos entrados, á saber: 1.º una nota del señor Presidente de la Honorable Cámara de Diputados, acompañando un proyecto de ley por el cual se autoriza al Poder Ejecutivo, por cien acciones de á doscientos pesos fuertes cada una para el establecimiento de la fábrica de paños iniciada por don Francisco Carulla.

—A la Comisión de Peticiones.

2.º Dos avisos de recibo del Poder Ejecutivo á las leyes siguientes: la que crea la oficina de ingenieros y la Aduana para 1870.

3.º Otro aviso de recibo de igual procedencia, á la nota en que se comunicó

**Sr. Bustamante** — Está en discusión general el proyecto de la Comisión que no tiene sanción ninguna del Senado y es la primera vez que va á discutirse el asunto.

**Sr. Oroño** — Tiene razón.

**Sr. Presidente** — Se va á votar si se aprueba en general el proyecto presentado por la Comisión.

— Se votó y fué aprobado, pasándose á discutir en particular el artículo 1º.

**Sr. Bustamante** — El señor Senador por Santa Fe acaba de proponernos, señor Presidente, que se incluya entre los artículos libre de derecho el carbón, poniéndonos el ejemplo de lo que ha sucedido con el ferrocarril Central Argentino.

No tengo presente si en el contrato para el ferrocarril Central está ó no exento de derechos el carbón; pero la mente de la sanción de la Cámara de Diputados no ha sido introducir el carbón, puesto que el artículo 1º de la ley dice: los materiales para la construcción, no para la explotación, y á eso se refiere la ley del Senado, porque dice—los materiales destinados exclusivamente para la construcción de ferrocarriles, mientras que el carbón es para la explotación. Así es que no puede ser aceptada la indicación del señor Senador, porque no se trata de la explotación sino de la construcción.

— Votado el artículo 1º fué aprobado por unanimidad, obteniendo igual resultado el 2º: y siendo el 3º de forma, quedó el proyecto sancionado en los términos propuestos por la Comisión para ser devuelto á la otra Cámara.

Se leyó en seguida el dictamen de la Comisión de Legislación sobre el pro-

yecto de ley que prescribe que el Código civil redactado por el doctor Vélez se observará como ley de la Nación desde el 1º de enero de 1871; siendo como sigue el tenor del dictamen y el del proyecto.

*Honorable Señor:*

La Comisión de Legislación ha examinado el proyecto de ley pasado en revisión por la honorable Cámara de Diputados, relativo á la promulgación como ley de la República Argentina del proyecto de Código Civil redactado por el doctor don Dalmacio Vélez Sársfield, y después de una detenida discusión y conferencia con el señor Ministro del ramo, tiene el honor de aconsejar al honorable Senado, la aprobación de la sanción de la honorable Cámara de Diputados por las razones que expondrá el miembro informante de la Comisión.

Sala de Comisiones, septiembre 24 de 1869.

*Angel Navarro—Pedro Uriburu—  
Wenceslao D. Colodrero*

*El Senado y Cámara de Diputados, etc.*

**Artículo 1º**—El Código Civil redactado por el doctor don Dalmacio Vélez Sársfield, se observará como ley en la República Argentina desde el 1º de enero de 1871.

**Art. 2º**—La Suprema Corte de Justicia y Tribunales federales de la Nación darán cuenta al Ministro de Justicia en su informe anual, de las dudas y dificultades que ofreciese en su práctica, la aplicación del Código; así como los vacíos que encontrasen en sus disposiciones, para presentarlos oportunamente al Congreso.

**Art. 3º**—El Poder Ejecutivo recabará de los tribunales de provincias por conducto de los respectivos gobiernos, iguales informes para los fines del artículo anterior.

Art. 4º—Autorízase al Poder Ejecutivo para hacer los gastos que demande la impresión del Código Civil, debiendo solo hacerse por auténticas las ediciones oficiales.

Art. 5º—Comuníquese, etc.

MANUEL QUINTANA.  
R. B. Muñiz,  
Secretario.

--Se puso en discusión en general el expresado proyecto.

**Sr. Navarro**—La Comisión, además de la discusión que había tenido sobre este pensamiento, ha querido oír la opinión del señor Ministro de Justicia y Culto, á quien hizo llamar para oír sus informes, y después de alguna discusión se ha convencido de la indispensable necesidad de adoptar este proyecto que viene de la Cámara de Diputados.

Yo, como miembro de la Comisión, á pesar de lo convencido que estoy de la suficiencia y capacidad indisputables del redactor del Código y de suponer que su obra será la mejor y más perfecta que podría hacerse; sin embargo, había creído que una Comisión que se nombrara para su examen, podría optar entre los dos sistemas que vienen indicados en el mensaje y proyecto del Poder Ejecutivo; ó poner desde luego en vigencia el Código, dejando á la experiencia y á la acción de los tribunales las reformas que el tiempo pudiera indicar como necesarias y convenientes; ó bien someter esta obra al examen de una nueva Comisión de abogados.

Creía también que la Comisión de Legislación podría adoptar un tercer temperamento por medio del cual pudiera tal vez, sin remover toda la obra, ocuparse de algunos puntos más trascendentales, por ejemplo, el punto relativo al matrimonio, materia tan trascendental para la sociedad, respecto de la cual las ideas en general parece que están de acuerdo en que conviene hacer modifi-

caciones; pero en vista de las observaciones que ha hecho á la Comisión el señor Ministro de Justicia, ella se ha convencido de que no era posible remover este asunto porque sería traer á la discusión una materia que podría convertirse en cuestión política ó religiosa, que perturbando tal vez la tranquilidad pública, traería consecuencias perjudiciales á la marcha progresiva del país. Así es que en la Comisión se ha resuelto unánimemente por el temperamento que cree menos inconveniente.

Someter esta obra á la revisión de una Comisión, traería desde luego el inconveniente de mayores gastos, de mayor retardo, y esto sin poder decir si el parecer de esa nueva Comisión respecto de todos los puntos que abraza el Código, era más aceptable que el del autor del proyecto,

Así es que la Comisión ha creído, señor, que si podía haber algunos inconvenientes para que se ponga en ejecución el Código sin revisión, no los tiene menos el procedimiento contrario, lo que se evita en gran parte por el medio que en el proyecto se propone.

**Sr. Oroño**—Señor Presidente: cuando se trata de una obra de la importancia que el Código Civil tiene, mucho mas cuando se trata de una persona cuyos conocimientos en la materia son tan reconocidos por todos, no es extraño que me sienta impresionado para poder emitir la opinión que voy á emitir en este asunto.

Si se tratase de deducir razones sobre si debemos tener códigos de la Nación, mi voto sería negativo, porque como ciudadano de una República federativa y como representante de uno de los pueblos que la componen, habría estado decididamente en oposición á tal pensamiento que viene refiriéndose á las tendencias y recuerdos de un sistema completamente distinto del que hemos adoptado: pero la Constitución ha establecido esa prescripción y el Congreso claramente ha mandado

formar ese Código: desde luego, no puede ser esa la cuestión. Se trata pues de decidir, si debe ponerse inmediatamente en vigencia, ó nombrar una Comisión que lo examine. El proyecto mismo en los términos en que está redactado aconseja la idea de una Comisión, consultando así no sólo los intereses generales, sino también la dignidad misma del Congreso. Este Código no entra en vigencia inmediatamente y parece que con el fin de que la obra sea observada por los hombres de la ciencia. Esto no lo dice sino que recién después de estar en vigencia, se dice que los tribunales observarán etc. etc. Ahora pregunto, señor Presidente. si para decidir de esta manera, si los señores senadores tienen plena confianza no diré plena conciencia, si tienen algunas ideas, aunque sean imperfectas de la bondad de las disposiciones que contiene? Ayer preguntaba á cuatro ó cinco abogados de nuestra Cámara en el despacho de la Comisión de Legislación, si conocían el Código y me contestaban todos que no. En el mismo caso se encuentra la mayor parte de los señores senadores. Entonces sería decoroso para el Congreso, que la Comisión nos aconsejase el nombramiento de otra, y que el año que viene se nos diese cuenta de los reparos que tuviese que hacer. ¿No es esto lo que aconseja la prudencia?

Por más respetos que nos inspire la persona que ha redactado el Código, no debemos proceder á ciegas en materia de tanta gravedad de importancia. Es por esta razón que me opongo al proyecto tal cual está redactado y propondría que se nombrase una Comisión y se hiciese lo que se hizo con el del doctor Tejedor.

Como ha dicho muy bien el señor Senador por Catamarca, hay muchos defectos saltantes que serán objeto de serios reparos, no solo para los hombres de la ciencia, sino para los legos. Solamente se nos trae aquí en sosten del

proyecto en nombre del doctor Vélez; yo reconozco su inteligencia, pero no es bastante para que abjure mis creencias y abandone el mandato que tengo como Senador argentino, para emitir mi juicio concienzudo sobre todos y cada uno de los artículos del Código.

El señor Senador por Catamarca, y no quiero dejar pasar esta ocasión de rectificar un juicio que no es, según se ve, nacido de su propia opinión, sino de la discusión tenida ayer con el señor Ministro de Instrucción Pública; dice que no se puede legislar ni modificar el capítulo sobre matrimonios, porque nos exponemos á cuestiones políticas...

**Mr. Navarro**—Y lo sostengo.

**Mr. Orono**—Decía pues, señor Presidente, que es un fantasma con que se quiere paralizar la acción del Congreso pretendiendo que si se introdujesen innovaciones en el Código, nos íbamos á exponer á los inconvenientes de una cuestión política. Este es un error, señor Presidente, error que arranca de un precedente que no puede servir de base. Se cree que pudiera suceder lo mismo con una ley del Congreso donde están las primeras inteligencias argentinas, que lo que sucedió en Santa Fe y este es el precedente que se invoca; entretanto resultaría una anomalía muy singular y es, que nosotros vamos á legislar en nombre de la ciudadanía argentina; tenemos como lo decía el señor Ministro, al obispo de Cuyo, que nos mande el conocimiento necesario para legislar sobre la materia. ¿Es esta la independencia de que hacemos alarde? No, señor Presidente, cualquier otra circunstancia pudiera hacerse valer, pero no el temor de que pudiera producir una conmoción social política la reforma en el capítulo del matrimonio.

La España misma apenas ha podido sacudir el yugo de los déspotas, lo primero que ha hecho es legislar sobre el matrimonio, y esto, la Nación más ortodoxa, acaba de legislar sobre la misma materia; ha tenido inconvenientes,

pero los ha vencido porque el triunfo de la libertad no se conquista tan sencillamente, no se obtiene sino luchando día á día, hora á hora, y los que no tengan valor para hacerlo no son dignos de ser libres.

Por consiguiente, señor Presidente, propongo como moción previa el nombramiento de una Comisión que examine el Código del doctor Vélez y nos presente, á mediados de las sesiones del año venidero, su informe con las reformas que crea deber aconsejar.

**Sr. Colodrero**—Pido la palabra.

**Sr. Presidente**—Haga uso de ella, después de un cuarto intermedio.

—Se pasó á cuarto intermedio.

En segunda hora continuó la sesión con asistencia del señor Ministro de Justicia, Culto é Instrucción Pública y se dió cuenta de los siguientes asuntos entrados en Secretaría:

1º Un mensaje del Poder Ejecutivo fecha 24 del corriente, acompañando un proyecto de ley creando el empleo de inspector de telégrafos.

—Se destinó á la Comisión de Legislación.

2º Otro mensaje fecha de ese día acompañando también otro proyecto de ley por el cual se determina que el Poder Ejecutivo podrá hacer uso de la autorización conferida por la ley de 14 de octubre de 1868, para la construcción de todos los ferrocarriles y telégrafos que juzgue convenientes.

—Se destinó como el anterior á la Comisión de Legislación.

3º Una nota de la Cámara de Diputados acompañando en revisión un proyecto de ley por el cual se manda abo-

nar tres mil y pico de pesos en fondos públicos, á don Alfredo Lumb.

—A la Comisión de Peticiones.

Se leyó en seguida el siguiente proyecto de ley presentado por el señor Oroño.

*El Senado y Cámara de Diputados, etc.*

Artículo 1º — Créanse cuatrocientos cincuenta y nueve mil pesos de diecisiete en onza en fondos públicos, y de seis por ciento de renta y uno por ciento de amortización acumulativa, para atender al pago de los créditos reconocidos por leyes del Congreso y otros gastos, mandados abonar en fondos públicos.

Art. 2º—Comuníquese al Poder Ejecutivo.

*N. Oroño.*

**Sr. Oroño** — Indiqué en la sesión anterior, la necesidad de que el Congreso crease los fondos necesarios para satisfacer los créditos reconocidos, tanto á Entre Ríos como el que probablemente se reconocerá en favor del autor del Código Civil; algunos otros que hay pendientes en la Cámara de Diputados, que á mi juicio deben ser comprendidos, y otros que no recuerdo.—Haciéndose el cómputo de las cantidades emitidas, resulta que la suma votada no alcanzará para satisfacer esos créditos, lo que vendría á hacer ilusoria la sanción del Congreso reconociendo créditos que no habría como pagarlos.—Una pequeña demostración hará comprender á la Cámara la exactitud de esta observación.

—Leyó.

Haciendo notar esto á uno de los señores miembros de la Comisión de Hacienda, manifestó que estaba conforme

con que esta suma sería la suficiente. Así es que no creo que pueda ofrecer ninguna dificultad. Podría pasar el asunto á la Comisión de Hacienda por si hay tiempo de despacharlo.

**Sr. Presidente**—A la Comisión de Hacienda, y pasará á la misma el proyecto que fué destinado á la Comisión Militar autorizando al Poder Ejecutivo para gastar cuatro millones de pesos.

**Sr. Colodrero**—En pocas palabras contestaré á las objeciones hechas por el señor Senador por Santa Fe, contra el dictamen de la Comisión.

Señor Presidente: cuando la Comisión de Legislación optó por el proyecto de ley que hoy se discute, por el cual se dispone que el Código Civil se ponga en vigencia en 1871, fué porque se conciliaban varias ventajas sobre el otro medio indicado en el mensaje del Poder Ejecutivo y que es el que dice el señor Senador por Santa Fe, ó al que se inclina: nombrar una Comisión de letrados para que examine el Código.

Antes de pasar ese mensaje á la consideración del Congreso, el Poder Ejecutivo se había dirigido á la administración del consejo de abogados de esta ciudad pidiéndole su parecer á este respecto. El consejo de abogados determinó que el Código debía ser revisado, según la mayoría de sus miembros; pero simplemente hizo esta aseveración sin dar la razón en que se fundaba.

Bien, pues: la Comisión ha dicho que, adoptado este sistema, resultaría que tendríamos otras tantas opiniones, tan autorizadas como las mismas del codificador, con la gran desventaja de que el país habría perdido mucho tiempo privándose de tener en vigencia el Código que á juicio de la Comisión mejora la legislación del país. Además, el Congreso se habría encontrado en la misma dificultad sin saber por cual de las dos opiniones se decidiría, si por la opinión del codificador que al pie de las disposiciones del Código tiene anotadas las

disposiciones en que se funda, ó si por la de los abogados revisores. Así es que la misma dificultad, el mismo estudio y la misma contracción demandaría cualquiera de los dos temperamentos para los miembros del Congreso, que no todos son competentes para juzgar en la materia.

Entonces nosotros hemos dicho: ese procedimiento no hará otra cosa sino abrir un campo vasto á las discusiones teóricas trayendo la prolongación indefinida de una necesidad sentida en el país, cual es la de ponerse en vigencia un Código que tienda á mejorar nuestra legislación.

Bástenos saber que el doctor Vélez Sársfield no ha introducido ningún principio maestro; él ha tenido la proligidad y esmero de consignar todas las doctrinas emitidas sobre cada uno de los artículos de los otros códigos y las autoridades que le han servido de apoyo para consignar esas disposiciones, que son las de los jurisconsultos de más nota y de más respectabilidad. Sucedería, pues, con el sistema que quiere adoptar el señor Senador por Santa Fe, lo que sucedió en Chile, que cuando se mandó poner en vigencia el Código Civil por el doctor Bello, se dejó una columna en blanco...

**Sr. Mitre**—No era doctor.

**Sr. Colodrero**—Era doctor. Dejaron en blanco una columna para que los abogados hicieran anotaciones y reformas. Ciento y tantos abogados expresaron su opinión; pero vinieron á examen y no se encontraron opiniones de acuerdo. Entonces el Congreso adoptó por completo sin ninguna modificación, el Código del señor Bello.

El Código de comercio de la Provincia de Buenos Aires se sometió al examen de una comisión de abogados, pasaron dos años y no se arribó á nada y se concluyó por decir á la Cámara: sancione usted el libro cerrado dándole un voto de confianza.

**Sr. Oroño**—Ahí están los resultados.



**Sr. Colodrero**—Por más reformas que se le hagan tendremos los mismos inconvenientes. Entretanto hay una prescripción constitucional que es necesario cumplirla.

**Sr. Oroño** — La Constitución no manda aceptar libro cerrado.

**Sr. Colodrero**—Lo mismo sucedió con el Código del doctor Tejedor, que ha pasado á una comisión de abogados que hasta ahora no ha dado ningún resultado. El día que se expida esa comisión tendremos el mismo inconveniente. El señor Senador por Santa Fe dirá: nosotros no entendemos de derecho para dar una opinión bastante sensata y entonces no sé quién resolverá la cuestión.

En España ha sucedido lo mismo. El código criminal fué presentado á las cámaras, y las cámaras lo adoptaron tal cual lo presentó el gobierno sin necesidad de someterlo á una comisión de abogados. Lo mismo sucedió con el Código de procedimientos.

Por todas estas razones, la Comisión se ha abstenido de adoptar el segundo temperamento por los serios inconvenientes que ofrece, y porque el mejor medio de conocer los defectos ó vicios del Código es ponerlo en práctica como está, para reformarlo después según los informes que dieren, ya la Corte Suprema, ya los tribunales federales, ya los tribunales de provincias. Entonces viene la reforma paulatinamente en vista de los inconvenientes que vaya ofreciendo la práctica, no en vista de las conveniencias teóricas ó de las opiniones de tal ó cual autor.

Parece que con esto he contestado á todos los argumentos y á todas las objeciones hechas por el señor Senador.

Ahora solo me resta rectificar la aseveración relativa á que en el seno de la Comisión el señor Ministro de Justicia había dicho que él no reformaría el Código en la parte que establece el matrimonio religioso, substituyéndole por el

matrimonio civil, porque temía que se convulsionara la República. No ha dicho tal cosa, señor.

**Sr. Oroño**—Cuando he dicho eso no me refería al señor Ministro, contestaba al señor Senador por Catamarca.

**Sr. Colodrero**—Muy bien, señor; entonces me referiré á lo que dijo el señor Senador por Catamarca. Este señor Senador había observado la conveniencia de reformar esa disposición del código referente al matrimonio; pero se le observó que esa reforma podría hacerse en cualquier tiempo; que él mismo podía presentar al Congreso un proyecto á ese respecto y que el Congreso tenía facultad plenísima para introducir cualquiera reforma en el Código; pero que sería ridículo limitar las reformas á este solo punto cuando tal vez habría otros de más vital necesidad. Con ese motivo se cambiaron algunas ideas, por ejemplo; se dijo que uno de los inconvenientes para el aumento de los matrimonios era la disparidad de cultos; pero se observó que esto no existía desde que por la Constitución se permitía la libertad de cultos.

Con esto, creo haber satisfecho la observación del señor Senador por Santa Fe.

**Sr. Oroño**—Yo no he preguntado lo que había pasado en la Comisión... Pido la palabra.

**Sr. Navarro**—Yo había pedido la palabra para contestar al señor Senador por Santa Fe.

El señor Senador por Santa Fe ha dado á entender en su discurso, que la Comisión, en primer lugar, no conoce los informes; y en segundo lugar, ha dado á entender que la Comisión al aconsejar la sanción del Código sin el previo examen que él indica, ha demostrado que no ha sabido luchar por la libertad.

**Sr. Oroño**—No he dicho ni la una ni la otra cosa; he dicho que no merecemos ser libres los que no luchamos

por la libertad, refiriéndome á la sociedad toda.

**Sr. Navarro**—Yo he dicho que la Comisión no había querido proponer reformas que podían traer agitaciones y complicaciones. Porque ¿qué haría la Comisión, qué haría el Congreso con decir, por ejemplo, queda abolido el impedimento canónico de la disparidad de cultos? En la práctica ¿qué sucedería? Lo que sucedió en Santa Fe, porque las costumbres no están en disposición de admitir esa institución, y es menester buscar otro remedio. Las ideas liberales á ese respecto, cuando se rozan con lo que se ha tenido por dogma católico, tienen en su contra una falange temible, y es la de la ignorancia y de las preocupaciones, falange que está dominada por el clero, y el clero no admite ninguna reforma: desde el Papa abajo dicen: *non possumus*. Esta doctrina está admitida por la mayoría de gentes que no leen y por las mujeres que tienen á la sociedad dominada. Además, la cuestión religiosa se liga al momento con la cuestión política, y la prueba de esto es lo que le ha sucedido al señor Senador en Santa Fe. Irían, en virtud del impedimento canónico de la disparidad de cultos, irían los descendientes de las diversas sectas cristianas, que no son católicos-romanos á quererse casar; pero vendrían las mismas cuestiones que en Santa Fe, porque la iglesia romana dice: no hay más religión que la católica, apostólica, romana y no hay más entrada en el cielo que para los que la profesan. Así es que la Comisión no ha querido entrar á tomar la iniciativa en una reforma tan trascendental en el país, porque no cuenta con antecedentes que aseguren que pueda contrarrestar esa oposición. Por esto ha creído que convenía más dejar que el tiempo vaya elaborando las ideas y haciendo la opinión en el país para que se acepte la reforma.

El consejo de un sabio publicista, dice que las constituciones para ser sabias y benéficas, es preciso que estén al nivel de las ideas que predominan, no importa que el Congreso en que se reúnen los hombres más inteligentes tenga ciertas doctrinas que la generalidad no las admite porque no las conoce. Así es que la Comisión ha creído necesario transigir con el estado social del país y por eso no ha proyectado ninguna reforma en el sentido que quería.

Relativamente á lo que ha dicho mi colega de la Comisión, sobre el consejo que el gobierno pidió al colegio de abogados, el colegio de abogados ha contestado de un modo ambiguo, porque dice al final de su contestación: que cree la mayoría del colegio que el Código debía ser sometido á un examen, á no ser que el gobierno crea más conveniente ponerlo en vigencia. Esta es una contestación que no dice nada.

Así es que la Comisión no ha encontrado ninguna base en que apoyarse, del dictamen del colegio de abogados. Por consiguiente, como ha dicho muy bien mi colega de la Comisión, ¿con qué objeto el Congreso pediría el dictamen de una nueva Comisión de abogados? Vendría la opinión de esa Comisión diciendo, que tales y tales disposiciones merecen reformarse y quién es el que vá á juzgar de la mayor exactitud ó del mayor fundamento de esta opinión y la del codificador apoyada por los hombres más competentes del mundo? ¿Qué haría entonces el Congreso? ¿Entraría á discutir artículo por artículo y dar un voto decisivo sobre cuál de esas opiniones es más acertada? Esto sería lo mismo que decir que no queríamos Código, porque en ninguna parte del mundo se hacen códigos discutidos por los Congresos. La práctica es encomendar esa clase de obras á los hombres más competentes y dar un voto de confianza, aun cuando como el mismo codificador dice, se noten algunas disposiciones contenidas en las leyes antiguas



sobre puntos en que no hay que innovar nada, sino darles una redacción más correcta poniéndolas al alcance del pueblo.

Así, por la rápida lectura que he hecho, he notado muchísimas disposiciones de nuestra legislación actual, principalmente de las leyes de Partida y de las Recopiladas, cuya utilidad ha confirmado la experiencia, y de muchas otras leyes como las de Toro, de las cuales casi no hay una que no esté subsistente. La mayor parte de estas leyes están consignadas en el código, sin embargo de que fueron dictadas en un siglo de tanto atraso en que reinaban los principios más absurdos y la ignorancia más profunda en la generalidad de los hombres; pero no se puede negar que muchas de esas disposiciones están fundadas en la razón natural, en la equidad y en la justicia, y adoptadas en muchas partes del mundo, principalmente en Francia por el Código Napoleón.

Bien, pues; entiendo que el codificador ha traído á examen esas disposiciones y los mismos escritos de los hombres que los han adoptado como más conforme á los adelantos de la ciencia. Así es que la autoridad de los hombres que la patrocinan y la respetabilidad de las naciones que han adoptado esas disposiciones, deben influir en el ánimo del Congreso para dar á este trabajo un voto de confianza, dejando á la acción de los tribunales y del tiempo las reformas que la experiencia demuestre que pueden ser necesarias.

Me parece que con esto quedan satisfechas las objeciones del señor Senador.

**Sr. Oroño**—No sé si puedo contestar.

**Sr. Granel**—Que se declare libre la discusión.

**Sr. Presidente**—Si hay quien lo pida.....

**Sr. Granel**—Yo hago moción para que se declare libre.

—Se votó si se declaraba ó no libre, y resultó afirmativa.

**Sr. Oroño**—El señor Senador por Catamarca, señor Presidente, nos ha suscitado la cuestión religiosa á que no han dado margen mis palabras porque la discusión de la cuestión accidental del matrimonio civil, era para rectificar un error sin entrar en la cuestión misma.

**Sr. Colodrero**—No está en discusión el matrimonio civil.

**Sr. Oroño**—Es justamente lo que le estoy diciendo al señor Presidente, que el señor Senador por Catamarca nos ha traído la cuestión religiosa que no estaba en discusión.

Yo no había entrado á considerar el matrimonio civil, ni bajo el punto de vista social, ni bajo ningún punto de vista; había observado únicamente que si en la Legislación Nacional se entrase á esa reforma, podría encontrarse el país en la misma situación en que se había encontrado la provincia de Santa Fe.

Siguiendo adelante el señor Senador por Catamarca en oponer como el fundamento principal para combatir la moción que he hecho, de que se sometiese al examen de una Comisión el Código civil redactado por el doctor Vélez Sársfield, dijo que nos encontraríamos con una porción de cuestiones que no le sería posible al Congreso apreciar. Parece que el señor Senador no se ha apercibido que al emitir esta aserción desconoce, no solamente la competencia de sus colegas, sino del país mismo, para juzgar las disposiciones que van á regir la vida práctica de la sociedad.

Yo creo que examinando el Código civil ha de resultar tan claro y tan patente que contiene disposiciones que no estarán en armonía con el progreso actual de la sociedad, que por poco competente que se nos quiera suponer, hemos de ser bastante idóneos para distinguir donde está la verdad.

La otra razón que el señor Senador por Catamarca ha aducido para resistir á la moción es contraproducente: él dice que el Código no innova nada; que están en él las leyes de *Partida*, las

leyes *Recopiladas* y las leyes de *Toro* que han regido á la humanidad desde el principio. De manera que el señor Senador acepta lo que yo he dicho, que el doctor Vélez no ha sido sino un simple compilador, que no ha sido más que un compilador de disposiciones añejas que no pueden regir á la sociedad nueva. Es preciso pues, que otro hombre inteligente, otro hombre igualmente competente, venga á sacar á nuestra legislación del inminente peligro en que nos colocaría un Código redactado en esa condición.

La marcha ascendente de la humanidad que va adelantando gradualmente en todos los ramos de la ciencia, de manera que puede decirse que adelanta cada diez años, cuando menos, en todos los ramos del saber humano, hace que la legislación, que es buena por ahora, tenemos que modificarla después. Por consiguiente, señor Presidente, esas disposiciones de *Toro* y leyes de partidas que ha consignado el doctor Vélez, debieran renovarse y sería una razón de más....

**Sr. Colodrero** — Sin son buenas, ¿por qué se han de innovar?

**Sr. Oroño** — Por otra parte señor Presidente, la moción que he hecho no importa sino que se someta al examen de una Comisión este Código que vá á estar hasta mil ochocientos setenta y uno arrinconado en los archivos del Ministerio, sin que ninguno de los juriscultos de nuestro país haya puesto los ojos sobre ninguna de sus páginas. ¿No es probable que una Comisión compuesta de abogados competentes nos diga lo que hay en realidad sobre él? ¿No es ésta la práctica observada en todos los pueblos cultos? ¿Qué hizo Chile, qué ha hecho el Brasil ahora mismo? El autor del Código Civil, hombre muy importante por cierto, ha venido á decir al Emperador: lo que he hecho está equivocado; tenemos que variar de sistema en vista de las nuevas necesidades de nuestro país y le propongo hacer un nuevo Código.

En Buenos Aires se ha seguido igual temperamento, se ha nombrado una Comisión que está funcionando para revisar el Código de procedimiento formulado por el señor Domínguez.

Por otra parte, señor Presidente, yo no sé qué razón pudiera inducir á los señores senadores á insistir en el despacho de la Comisión, cuando tenemos precedentes establecidos de nuestra manera de legislar. Lo hemos hecho con el señor Tejedor que todo el mundo reputa una notabilidad en materia de derecho penal. ¿Por qué no hacer lo mismo con éste? Es acaso una preferencia hacia el doctor Vélez? Pero el mismo doctor Vélez quedaría más satisfecho cuando tuviera un informe aprobativo, que lo que puede quedar con una sanción del Senado sobre una materia que no conoce, porque puede decirse que de veintisiete miembros que componen el Senado, apenas dos habrán leído por completo ese trabajo.

Pero lo más grave de esta cuestión no son estas consideraciones generales, sino una consecuencia que de esta sanción se deduciría y que viene á herir virtualmente la Constitución Nacional.

La Constitución le ha dado al Congreso el derecho de dictar las leyes que obliguen á los habitantes de la República. ¿Podremos decir que así lo hemos hecho sancionando el Código del doctor Vélez sin leerlo?

**Sr. Colodrero** — Precisamente por esa prerrogativa es que aconseja la Comisión que se ponga en vigencia el Código.

**Sr. Oroño** — ¿Podría el Congreso dar una ley autorizando al señor Senador para que dispusiese de los dineros públicos? De ninguna manera, ni el señor Senador creerse autorizado para disponer de ellos.

**Sr. Colodrero** — Es cosa completamente distinta.

**Sr. Oroño** — La moción que he hecho consulta esos principios, y si no se quiere empecemos á examinar el Cód-

go artículo por artículo, capítulo por capítulo, y aunque se puede argüir con la falta de competencia del Congreso, no soy de los que llegan á punto de considerar á los hombres de mi país como otros lo hacen. No creo que haya tanta ignorancia como dice el señor Senador por Catamarca. Puedo ser yo el incompetente porque no he estudiado, pero los señores Senadores que han estudiado antes, si no saben apreciar las disposiciones de un Código...

—Aplausos.

O se quiere escusar el trabajo material?—Yo digo entonces, que la Nación nos paga tres mil quinientos pesos para que consagremos todo nuestro tiempo á estudiar las cuestiones que la afectan y ningún Senador ni Diputado puede escusar el trabajo ni el concurso de su inteligencia. Yo mismo, señor Presidente, el más ignorante de todos he de tener una opinión que dar, aunque no he estudiado derecho..

Yo creo haber contestado á todo lo que ha dicho el señor Senador.

**Sr. Granel** — Después de todo lo que se ha debatido esta cuestión, yo tengo poco que decir; sólo voy á mostrar á la Cámara las exageraciones que se han hecho y la exactitud ó inexactitud de lo que adolece.

Uno de los argumentos en que se ha fundado mi honorable colega el Senador por Santa Fe, es que el tiempo que ha de tardar el Código para ponerse en vigencia, sería el mismo que debemos emplear en estudiarlo y examinarlo para apreciar la importancia de sus disposiciones y la conveniencia ó inconveniencia de adoptarlas.

Pero señor, de todas maneras, si podemos emplear hasta el año 71 en examinar el Código artículo por artículo, nos veremos en aquella fecha de 1871 en la necesidad de hacer una disposición análoga al proyecto de ley que se presenta á discusión, es decir, á fijar una época

posterior, que sería hasta 1873. Es esta la única manera de sancionar códigos por una razón muy sencilla, porque es necesario dar al pueblo el tiempo necesario para que conozca las leyes que deben regirlo, y dar también á los hombres de la ciencia el tiempo para que lo estudien.

El señor Senador por Catamarca nos dice que están consignadas en él las leyes que nos han regido, y efectivamente es así. Yo podría entrar en algunos detalles sobre sus disposiciones que no todas son liberales, pero la manera de apreciar las cuestiones que de él surgen no son para el examen de que habla mi honorable colega. Los códigos sólo se pueden sancionar de la manera que propone la Comisión y que las reformas de ese código puedan servir á los fines que pretende mi honorable colega.

Sobre lo que se ha dicho respecto del Código criminal, que la Comisión no se ha expedido aún, debo decir dos cosas.

Primera: que la Comisión ha trabajado bastante y tendrá mucho más trabajo que hacer en el Código del doctor Vélez. El Código del doctor Tejedor se ha redactado sin tener á la vista, porque aún no eran conocidos de nuestros hombres los últimos procedimientos en materia criminal de los jurisconsultos de la *Bélgica*, que son los más adelantados en esta materia, mientras que el del doctor Vélez lo ha sido consultando los principios más avanzados de la ciencia.

Los Congresos no pueden discutir artículo por artículo y esto por razones tan evidentes que me parece inútil relatar. La manera de llevar adelante las ideas que dominan y conseguir que el código sea pronto una ley, es proceder del modo que indica la Comisión, quedando los senadores en sus puestos para enmendarlo con leyes que vengan á ser la obra complementaria de ese gran trabajo.

**Sr. Colodrero** — Nada tengo que decir después del discurso del señor Senador por Santa Fe contestando á su colega.

**Sr. Oroño**—No se me ha contestado por ninguno de los señores senadores á la observación que hice sobre la pérdida del tiempo, pues no estando en vigencia hasta 1871, es claro que no tiene objeto esta ley.

**Sr. Colodrero**—Yo le voy á contestar. Se da ese tiempo para que el señor Senador, yo y todos podamos estudiarlo, porque tenemos obligación de conocer las leyes. A nadie se le admite la excepción de ignorancia.

**Sr. Navarro**—Según lo que nos ha explicado el señor Ministro, sancionada esta ley, trata de mandar imprimir este código en grandes cantidades de ejemplares para que sea distribuido en el país.

**Sr. Oroño**—Una nueva razón para que me oponga más enérgicamente al proyecto de la Comisión. Quiere decir que no solo se va á perder el tiempo, sino que se va á hacer una impresión costosa que puede quedar inútil. Así, pues, el resultado sería el gasto de cincuenta mil pesos y más aún, sin resultado positivo. Hay una profusión de gastos en este sentido y no hago en esto un reproche al doctor Vélez, y sí á la tendencia que se manifiesta en nuestros hombres públicos para hacer códigos. Los Estados Unidos no tienen ninguno y sin embargo, se citan como modelo en todo sentido. Parece haber una tendencia napoleónica, la que se viene á implantar con este Código que es la imitación todavía de las leyes de partida...

**Sr. Colodrero**—Y del derecho Romano.

**Sr. Oroño**—A una sociedad regida por antecedentes é instituciones diversas.

**Sr. Navarro**—Todos los días se están aplicando.

**Sr. Oroño**—Si el señor Senador pregunta á diversos jurisconsultos lo que importa la codificación, estoy seguro que

han de decir que importa la preponderancia del sistema unitario. No me ha de venir á sostener nadie con razón, que para un país regido por instituciones democráticas y federales sea permitido hacer códigos de esa naturaleza.

**Sr. Colodrero**—Reforme el artículo de la Constitución, porque de lo contrario su argumento no tiene valor ninguno.

**Sr. Oroño** —Entonces, señor Senador, si no podemos reformar el artículo de la Constitución, si no podemos ir contra él, debemos hacer lo menos sensible posible esa disposición. ¿Y cómo se conseguirá? Haciendo que todos los hombres entendidos tomen parte en la discusión de esta ley y nos hagan saber su opinión sobre las disposiciones de este código.

**Sr. Colodrero**— Para solo repetir que es preciso reformar antes el artículo constitucional.

**Sr. Navarro**— El sistema unitario existe y tiene defectos como toda legislación.

**Sr. Oroño**—Entonces debemos reaccionar contra ese sistema.

**Sr. Navarro**—Está rigiendo.

**Sr. Oroño**—No rige, señor.

**Sr. Navarro**—¿Quiere el señor Senador, que el casamiento no sea lo mismo en Buenos Aires, que en La Rioja, que en Tucumán, que en Catamarca?

**Sr. Urriburu**—Sería conveniente hacer cesar estos diálogos.

**Sr. Presidente**—El reglamento no dice nada sobre diálogos.

**Sr. Urriburu**—Yo reclamo que continúe haciendo uso de la palabra el señor Senador que la tiene.

**Sr. Presidente**—El señor Senador Oroño es el interrumpido, y es el que puede reclamar: así es el reglamento, señor Senador.

**Sr. Urriburu**—Entonces, quiere decir que habré incurrido en una equivocación.

**Sr. Ministro de Instrucción Pública**—No voy á decir sino dos pala-

bras, porque el gobierno al presentar el proyecto de Código Civil elaborado por el doctor Vélez, ha manifestado de un modo claro y terminante su opinión, manifestando al mismo tiempo la actitud que pensaba asumir en este debate y exponiendo que quería que la iniciativa en ese asunto fuera asumida por el Congreso, por las razones especiales que allí se determinan y que son personales á uno de los miembros del gabinete; pero en la última faz que acaba de revestir el debate, se ha iniciado la cuestión aventurando ciertas doctrinas por el señor Senador por Santa Fe, que creo necesario contestar.

Se ha dicho con mucha razón, que las objeciones del señor Senador son anteriores á la Constitución, que son anteriores á la ley misma que autorizó al Poder Ejecutivo para encomendar la formación del Código, y anteriores, por fin, á la formación del Código mismo.

La cuestión de si conviene que la República Argentina que ha adoptado por su régimen político el sistema federal de gobierno, mantenga sin embargo su unidad tradicional en cuanto á la legislación civil, es una cuestión que debió proponerse en la República cuando se discutió y se sancionó la Constitución que nos rige. Pero esta cuestión, señor, fué resuelta por la Convención Constituyente, puesto que nos designó uno de los artículos de la Constitución, como facultad expresa y terminante del Congreso, la de dar los códigos civiles, criminales y comerciales para toda la República.

Hubo todavía un tiempo posterior en que esta cuestión pudo ser debatida oportunamente por el Congreso, y es cuando se trató de emplear ó de no emplear esta facultad otorgada por la Constitución. En mil ochocientos sesenta y tres el Congreso dictó una ley autorizando al Poder Ejecutivo para encomendar la confección de proyectos de Código Civil y Penal á jurisconsultos del país, y en

tónces fué que esta cuestión debió ser debatida.

Yo digo, pues, que una vez dada la Constitución, que una vez dada la ley usando de la facultad conferida por la Constitución, que una vez de haber determinado el Congreso que debe haber Código, encargando su confección al Poder Ejecutivo, la cuestión que ha suscitado el señor Senador, ha perdido completamente su oportunidad.

Pesaba mucho sobre la consideración del señor Senador la circunstancia de haberse invertido tantos miles de pesos en la elaboración de este proyecto. Yo pregunto entonces, si una vez dada la autorización, si una vez de empleada por el Poder Ejecutivo y preparados y formulados los proyectos, se va á contestar: no queremos códigos, porque conviene que cada provincia tenga uno por separado, rompiendo así la unidad tradicional legislativa en que siempre ha vivido el país. ¿Qué efecto, qué resultado práctico habríamos venido á obtener? Qué habríamos venido á perder todos estos trabajos y los gastos que el señor Senador calificó de enormes.

Así, pues, me parece que todas estas cuestiones han perdido su oportunidad en presencia de la Constitución, en presencia de la ley autoritativa dada por el Congreso, en presencia del proyecto mismo presentado á este cuerpo.

Solo una cuestión hay por delante, y es, qué procedimiento se ha de adoptar á fin de que este Código sea puesto en vigencia. El señor Senador calificaba de tendencia napoleónica la tendencia de codificar. A este respecto quiero hacerle solamente una observación, y es que todos los países que se encuentran regidos por instituciones libres, como los que se encuentran regido por instituciones monárquicas y aun despóticas, todos se encuentran conformes, sino en el modo de tener códigos, á lo menos en la tendencia de procurarlos.

Principiaremos por las repúblicas sudamericanas. Chile ha formado su có-



digo. Bolivia lo ha formado, y procura la admisión de él. Venezuela se ocupa actualmente de la formación de sus códigos. La España reacciona contra su antigua legislación procurando reformarla por medio de nuevos códigos. Los Estados Unidos por fin, tan mencionados como modelo por el señor Senador, tiene una ley civil ó código general para todas las industrias. Además hay un libro muy vulgar en Buenos Aires que muchos señores Senadores habrán tenido ocasión de consultar, que es el código civil de Nueva York y otro que tiene también su nombre en la ciencia, que es el código civil de la Luisiana.

Así, pues, no puede decirse que la codificación es una tendencia centralista del despotismo, porque por el contrario ella consulta todas las conveniencias del buen gobierno. Sobre todo, señor Presidente, trayendo la cuestión al terreno actual, es decir, al país en que vivimos, la cuestión no puede plantearse en los términos aducidos por el señor Senador. Nosotros no carecemos de códigos, porque tenemos los códigos españoles, porque la España nunca ha tenido el sistema de leyes sueltas, porque obedeciendo esas leyes ó necesidades sociales sentidas; siguiendo el movimiento de los tiempos ó de las veleidades de los reyes, nunca ha dejado transcurrir un tiempo considerable sin que viniera una orden ó un mandato del rey para que se codificaran esas leyes. Este es el origen de las nuevas y de las novísimas recopiladas. Así, pues, nosotros modelándonos en nuestro origen español, tenemos códigos.

La cuestión se reduce simplemente á lo siguiente: ó si debemos tener ó no un código único en que toda la legislación civil se encuentra refundida, ó si hemos de tener siete ú ocho leyes obedeciendo á épocas diferentes, llenas de contradicciones y sin plan de ningún género.

Creo que estas consideraciones, que

no las extendiendo más por no prolongar el debate, bastan para contestar á la última faz del discurso del señor Senador.

**Sr. Mitre**—Me he mantenido apartado de la discusión, porque mi ánimo era hacer únicamente uso de la palabra para fundar mi voto, y voy á tratar de hacerlo brevemente apoyando lo que voy á decir en las últimas palabras que acaba de pronunciar el señor Ministro de Instrucción Pública. El ha dicho que nosotros tenemos ya un código, que es el código español; pero no tenemos el código de que habla la Constitución, porque no existe realmente un cuerpo de leyes que rijan las acciones de las personas civiles en todas las provincias. Por la Constitución cada una de las provincias está en libertad para dictar su código especial mientras la Nación no lo dicte, y sólo el día que este código se sancione por el Congreso, ese será el día en que las provincias tendrán una regla uniforme.

No puede negarse, como ha observado muy bien el señor Senador por Santa Fe, que un Código uniforme para todas las provincias en una República Federal, es una idea unitaria que obedece á la tendencia de la centralización, que dejando á las provincias su libertad política, iría á gobernar en ellas directamente á las personas en todos los actos de su vida civil, que son la de todos los días. Pero si este es un defecto, es un defecto de la Constitución que ha determinado que se dicten por la Nación códigos uniformes, cobedeciendo á aquella lógica de uniformidad y de unidad que está en nuestras cabezas y que por instinto se sigue. Sin embargo, no ha sido tan peregrina esta ocurrencia de los constituyentes argentinos, puesto que no deja de tener sus raíces en el derecho constitucional de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos han dicho: el Congreso tiene facultad para dictar leyes uniformes sobre bancarrota, sobre falsificación, sobre moneda, sobre comer-

cio, sobre documentos públicos y otras cosas en que la unidad de legislación es conveniente y necesaria.

No necesitaba decir más aquella Constitución, porque una Nación que tenía por regla popular la ley común (*common law*), que tenía por jurisprudencia la conciencia pública, que tenía ya conquistada la gran institución del jurado, que es la primera garantía de los derechos de todos sus habitantes, no necesitaba decir más á este respecto. Por consecuencia, no faltan antecedentes en la legislación norteamericana, de leyes uniformes que reglan la acción de los individuos en muchos casos, aun dentro de la soberanía de los estados. Nosotros hemos ampliado esta facultad y hemos hecho códigos obedeciendo á una tradición que como he dicho, está en nuestras cabezas, está en los antecedentes de raza y hasta en los mismos antecedentes que hemos recibido como herencia de la madre patria, que es el código anterior á que se refería el señor Ministro.

Dados estos antecedentes ¿habrán procedido acertadamente ó nó los constituyentes argentinos? Esta es una cuestión que el tiempo resolverá: Recién vamos á hacer el ensayo, y el tiempo dirá si los constituyentes acertaron ó nó, y si nosotros hacemos bien en seguirlos; pero antes de esto, tal vez venga una jurisprudencia que sirva de correctivo al establecimiento de una legislación uniforme para una República Federal. Así, esta cuestión que surge ahora, debe ser estudiada por los constitucionalistas y jurisconsultos bajo un nuevo punto de vista, es decir, si la prescripción constitucional se limita única y exclusivamente á dictar por una sola vez una regla uniforme en materia civil y criminal y de minería, y si después de dictada esa regla uniforme, no estarán los Estados, en su capacidad de soberanos, habilitados para reformar todas y cada una de las partes del código civil, según por necesidades crecientes,

sin esclavizar su legislación progresiva á una ley que por su naturaleza es esencialmente estacionaria.

Esta es una cuestión que puede ser grave, pero el espíritu federativo que va irradiando á las regiones más tenebrosas, á la luz de la ciencia, que va ilustrando la conciencia pública lo mismo que en los Estados Unidos, tal vez venga á establecer la jurisprudencia del caso que nos ocupa, de que nosotros no hacemos sino dar el programa, para dar uniformidad no sólo á lo que existe, sino á lo que vamos á crear, á lo que no existe.

Las leyes civiles que reglan las acciones de los hombres, es una mezcla confusa del antiguo derecho español con las leyes patrias que se han dado y que están muchas veces en oposición unas con otras.

No se puede escapar, pues, diremos así, á la contradicción que en cierto modo hay entre el espíritu ó la tendencia á ensanchar ó mejorar en cuanto sea posible las instituciones liberales, y la facultad de dar un código uniforme y aun cuando no responde teóricamente á todas las aspiraciones.

Todas las naciones que están sujetas al influjo todavía poderoso de la legislación romana, han obrado así, codificando, haciendo un cuerpo de ley y de doctrina al mismo tiempo, mientras que todas aquellas naciones, que habiendo tenido desde muy temprano el instinto de la justicia popular, del propio gobierno, han seguido el sistema que se llama de legislación progresiva, como la Inglaterra, en que los pueblos, siguiendo el espíritu del legislador, han ido dando hoja por hoja, día por día el libro que como las hojas que la Pitágora lanzaba al viento, había de formar su código; código que los jurisconsultos han considerado, no como la última palabra de la ciencia, sino como la expresión de la soberanía del pueblo legislando; pero esto se ha hecho merced á la dedicación constante y activa en

la organización de aquellos pueblos. En cuanto á nosotros, no podemos reaccionar en un día contra estos antecedentes que nos encadenan todavía, que nos gobiernan y que nos tienen que gobernar aún por mucho tiempo. Diez y siete años es la vida de un niño; podemos decir que somos muy jóvenes todavía para que no podamos rehacer nuestro temperamento.

**Sr. Oroño**—Lo hemos rehecho en la Constitución.

**Sr. Mitre**—En la Constitución hemos aplicado la misma prescripción constitucional de los Estados Unidos que determinaba ciertas leyes uniformes, ampliándola y estudiándola á los códigos.

Nosotros no podíamos escapar á esta lógica de nuestros antecedentes en materia de legislación.

En cuanto al voto de confianza que repugna dar al señor Senador como legislador, lo hemos dado ya al adoptar las leyes de partida escritas por un rey absoluto, las leyes dadas por la Corte de Toro y las Recopiladas que nos legó la madre patria.

Efectivamente esas leyes son el código que rige las obligaciones civiles en las provincias, mientras no rija el código que hemos encomendado al doctor Vélez.

Lo que el señor Senador quiere que se haga respecto del Código del doctor Vélez, que es nombrar una comisión para que nos informe respecto de los defectos que tenga este Código y nos diga si es bueno ó malo, es una cosa racional; pero en cuanto al gasto, creo que no es la oportunidad de atacarlo. Cuando más será la oportunidad de atacar al Código; pero yo creo que nadie está autorizado para decir que el Código es malo considerado como Código y con relación á las leyes civiles que nos rigen, de tal manera que convenciera á los senadores de que en lugar de hacer un bien íbamos á hacer un mal.

**Sr. Oroño**—Siento tener que inte-

rrumpir al señor Senador, pero tengo que hacerlo para rectificar ciertos errores de hecho que ha sufrido el señor Senador; nadie ha entrado en la cuestión de si el Código es bueno ó es malo.

**Sr. Mitre**—No voy á explicarme: me refiero á aquel momento en que el señor Senador decía que era inconstitucional, que no era arreglado al mandato de cada uno el venir aquí, no á discutir la ley, á sancionar artículo por artículo, sino á darlos por sancionados sin discutirlos.

**Sr. Oroño**—Eso es muy diferente.

**Sr. Mitre**—No me refería á otra cosa.

No es este, pues, un voto de confianza que se dé á una persona, no es un voto ciego, diremos así, aún cuando pueda llamarse voto de confianza. Cuando el Congreso aprueba un tratado de límites con una nación extranjera, cuando tiene que legislar sobre lo más sagrado que hay para una nación, sobre la integridad del territorio nacional, cuando no hay límites fijos entre dos naciones ¿qué es lo que se hace? Se llama á los astrónomos para que fijen la latitud de aquellas regiones, y por aquellos puntos marcados en el cielo, se tira la línea sobre la tierra.

**Sr. Oroño**—Sostenga la comparación y voy á probarle que no es exacta.

**Sr. Mitre**—Esto se hace, porque si el Congreso no encomienda estas operaciones puramente científicas á los hombres de la ciencia, nunca acabarían. Pero si este ejemplo no satisface al señor Senador, le pondré otro.

Cuando la asamblea francesa sancionó la ley del sistema métrico decimal, ¿quién fué el que fijó la relación del metro con el meridiano? Fué un sabio, porque ¿qué sabía la asamblea cuántos grados tenía el cuarto del meridiano terrestre?

**Sr. Oroño**—Tampoco acepto la comparación.

**Sr. Mitre**—Si tampoco esta le satis-

face, le pondré el caso de que el Congreso se propusiera dictar una ley de moneda ó de pesos y medidas que afectase la fortuna particular, aumentando ó disminuyendo el valor de la plata, estableciendo el valor relativo de los metales finos entre sí, diciendo cuánto debe darse de plata por tanto de oro. ¿Diría el señor Senador cuando se presentase esa ley: yo no soy metalúrgico, yo no soy físico ni químico, y por consecuencia no puedo dar un voto de confianza á la ciencia que ha fijado esa relación de valores?

Sin embargo, son materias legales de que entienden todos los congresos fundándose en la ciencia, que da los resultados que le incorpora al texto de la ley.

Aplicando esta misma regla al caso en cuestión, yo diré que el Congreso ha encomendado la redacción del código civil á los hombres de la ciencia, porque esa es una operación científica igual á la del metro, igual á la de la moneda, igual á la fijación de los puntos de la latitud y de longitud encargados á los astrónomos, á los metalúrgicos y á los geógrafos. Es por eso que el Congreso ha dicho: según los principios más adelantados de la ciencia, confecciónese un código. Basta abrir cualquiera de las páginas del código que nos está sometido para ver que se mantiene siempre en el terreno de la ciencia y que es el resultado del estudio y la experiencia propia y ajena.

Que no es un innovador, el mismo autor lo ha dicho; y si ha tomado por tipo, como lo han tomado los pueblos más modernos al Código de Napoleón, no es porque sea napoleónico, sino porque es el único Código civil que ha servido de tipo á todos los demás, dando origen y margen á los más profundos estudios de los primeros jurisconsultos del mundo, incluso los alemanes, como se ve por los profundos trabajos de Zacarías.

El doctor Vélez ha tomado necesariamente los puntos extremos del Código

napoleónico, es decir, el plan general, y los últimos comentarios representados por la última palabra que la ciencia haya pronunciado á ese respecto.

Entre estos dos extremos ¿qué más hay que aprender, qué abogado vendría á sostener un nuevo principio? quién se atrevería á decir, yo voy á hacer y á saber más que esa comisión, le voy á convencer al doctor Vélez que ha dejado de consignar ciertos principios que ha ignorado? otros, ¿qué ha dejado de leer tal libro que no llegó á su noticia? De ante mano con la mano puesta en la conciencia podemos decir, que no hay nada que inventar en la materia, y que no habrá abogado que pueda ir á buscar más ciencia para inocular en aquel código, que la ciencia que el doctor Vélez ha encontrado en los libros que todos conocen igualmente.

Esta es la razón porque cuando hay forzosamente que dar códigos, en todas partes del mundo tienen que aprobarse como se ha aprobado este Código, á libro cerrado; pero no con la conciencia á oscuras y á ciegas, porque todos sabemos cuál es la última palabra de la ciencia, porque todos sabemos que el hombre que lo ha hecho sabe escribir y leer, como escribir y leer sabrá la comisión que se nombrase, sin que por esto adelantase la ciencia universal. Esto sólo bastaría, porque basta que se nos hubiese dicho que se había copiado cambiando el nombre al código francés, al Código chileno ó cualquiera otro, para habernos dado la mayor garantía de acierto, puesto que esos códigos tienen el consentimiento del mundo entero, y eso nos bastaría para saber que el Código era bueno, mucho mejor que el que tenemos, que es un hacinamiento de leyes oscuras sin orden y sin filosofía, que ni siquiera responde á las necesidades de la época.

Al defender esta idea, no he hecho otra cosa que defender mi antigua convicción, que es la que he sostenido siempre.

Cuando propuse la aprobación del Código de Comercio en la provincia de Buenos Aires, sostuve esta misma idea, como he sostenido que el Código de Comercio sin ningún inconveniente, así como había sido ley del Estado de Buenos Aires podía serlo por este mismo procedimiento Código de la Nación, como lo es, y que era nacional después de haber sido sancionado por el Congreso á libro cerrado, como lo fué con esta circunstancia: que el Código de Comercio, por razón de haber sido dado en una época dada, comprendía una porción de materias que no eran propiamente comerciales, es decir, tenía una tercera parte que correspondía á la codificación civil.

Por consiguiente, yo creo que este es el proceder que debe seguirse ahora para que este Código sea ley del Estado.

**Sr. Oroño**—Voy á decir dos palabras no más.

Yo no creo como el señor Senador por Buenos Aires, en la infalibilidad de los hombres. Por mucho respeto que merezcan los conocimientos del doctor Vélez, yo siempre creo, porque tengo fe en el progreso de la humanidad y de la ciencia, que puede haber un hombre tan competente como él ó más, que con su ciencia y conciencia venga á decir: esto no está bueno, este es un error. Los que creen en la infalibilidad de las ideas del doctor Vélez van á votar por el proyecto, no con la ciencia y conciencia que el asunto reclama.

**Sr. Mitre**—Iba á decir cuatro palabras más.

Después que he escuchado al señor Senador por Santa Fe, debo declarar que he simpatizado con sus palabras respecto de la más amplia libertad de la organización judicial, porque no puede haber hombre de principios que pueda dejar de simpatizar con ellas. Cuando se publicó el primer libro yo le hice la observación, que había emitido tratar un punto capital. El doctor Vélez me

dió razones que me convencieron. Yo apoyaré al señor Senador en caso que él presente un proyecto en el sentido de sus ideas.

**Sr. Oroño**—Le tomo la palabra.

—Dado el punto por suficientemente discutido, se puso á votación en general el proyecto y fué aprobado por afirmativa. Igual resultado obtuvieron los artículos 1º y 2º; en discusión el 3º.

**Sr. Bustamante**—El señor Senador por Buenos Aires ha hecho una observación sobre la reforma del Código: si tienen las provincias el derecho de reformar aquello que les daña, lo que es por leyes de ellas. Esta es una cuestión á estudiar, y pediría que se aplazara la consideración de este artículo, porque ese informe que se ordena pedir al Poder Ejecutivo, lo puede hacer sin necesidad de la ley. Yo indico esto á los señores de la Comisión que subscribieron ese artículo.

**Sr. Mitre**—La Constitución no autoriza al Poder Ejecutivo sino á pedir informes á departamentos de su administración y esta es una autorización legislativa.

**Sr. Navarro**—Los tribunales de provincia van á aplicar esta ley.

**Sr. Bustamante**—Yo comprendo todo el alcance de esta ley.

**Sr. Navarro**—Pero no prejuzga.

**Sr. Bustamante**—Yo decía suprimase el artículo. Se perfectamente que el Presidente de la República no puede pedir informes á un juez, pero sí el gobernador que es su agente natural, y por medio de él obtenerlos; porque en todas las Constituciones locales los gobernadores de provincias respecto de sus jueces, tienen la misma facultad del Presidente respecto de los jueces naturales. Si se cree que es necesaria la existencia de esta disposición legislativa para que el Poder Ejecutivo de la



República pueda obtener los informes, yo no insistiré.

**Sr. Ministro del Culto**—Debo decir que la cuestión propuesta por el señor Senador, no existe á mi juicio, porque si existiera, toda nuestra forma de gobierno tal cual la Constitución la ha organizado, quedaría invertida desde la base hasta la cúspide....

**Sr. Mitre**—Para probar al señor Ministro que la cuestión existe, basta una consideración muy sencilla....

**Varios senadores**—No es el momento de tratarla.

—Puesto á votación el artículo tercero, fué aprobado lo mismo que el siguiente.

redactado por el doctor don Dalmacio Vélez Sársfield, la suma de cien mil pesos en fondos públicos del 6 por ciento.

Art. 2º—Comuníquese al Poder Ejecutivo.

—Fué brevemente fundado por el señor Navarro dicho proyecto, despues de lo cual dijo el

**Sr. Piñero**—Señor Presidente: yo he creído que podía y debía votar el proyecto sancionando el Código Civil; pero pediría permiso al señor Presidente, para retirarme cuando se trata de compensación de dinero.

**Sr. Granel**—No tiene derecho para excusarse el señor Senador, ni para salvar su voto, y ninguna causa sería bas-